

JOSÉ LUIS PUERTO, *CONCIENCIA DE LA ESCISIÓN*, LEÓN, EOLAS, 2021, 126 pp.

[ARTÍCULO-RESEÑA: TOPOGRAFÍA DE LA HERIDA]

ASUNCIÓN ESCRIBANO

Universidad Pontificia de Salamanca

Topografía es, en su sentido último —etimológico—, la escritura de un lugar, la señalización de una superficie, en este caso, la de la herida. Escribe José Luis Puerto que *Topografía de la herida*, último libro publicado por este escritor salmantino, editado por Ediciones Eolas, ocupa en su creación poética: «el tiempo que media entre *Las sílabas del mundo* (1999) y *De la intemperie* (2004)». Se trata de una aclaración necesaria en una doble vertiente: ubicarlo en su trayectoria como poeta, por un lado, y, por otro, observar su evolución a la luz del tiempo transcurrido al compararlo con sus obras más recientes. Personalmente, me sorprende —aunque a la vez me congratulo también— por saber que poemas de tanta calidad hayan podido pasar tanto tiempo inéditos. Para el lector que, por el contrario, se acerque por vez primera a la obra de este magnífico poeta, la sensación será la de hallarse ante un escritor grande y, sabiendo la edad que tienen los versos correrá, sin duda, a

leer todo cuanto José Luis Puerto ha escrito antes y después.

Hace quince años escribí que la poética de José Luis Puerto puede resumirse en el poema de su libro *De la intemperie* (2004), titulado «No sé», en el que el autor adopta la actitud del sabio y donde reivindica que le permitan: «Ay, pronunciar las sílabas, / las mías, las que llevo / en esta cicatriz que la memoria / deja como señal mientras vivimos»¹. Ahora, la publicación de *Topografía de la herida* viene a completar, y a ayudar a comprender mejor aún, aquella fase poética genial que atravesaba el autor y que podría corresponder con una etapa especial de la propia biografía del poeta. Porque la cicatriz antes mencionada no era sino la de la herida abierta cuyo terreno se describe, y hasta se cartografía, en estos poemas que

1 ESCRIBANO, A., «José Luis Puerto: una poética de la desposesión», *Espéculo*, 33, julio-octubre (2006). Disponible en: <https://webs.ucm.es/info/especulo/numero33/jlpuerto.html>.

ahora ven la luz y que debieron de contribuir entonces a cerrar y cicatrizar aquella llaga de la memoria.

Comentando su obra *Las sílabas del mundo* (1999)² decía quien esto escribe, acerca de «las palabras más hermosas / que hayan podido pronunciarse nunca»³ que son «estas palabras las sílabas del mundo que palpitan en el silencio, con las que se hace fuerte frente a todo lo que muere o ya está muerto. [...] El poeta obliga así a los vocablos a decir de otro modo, a rozar el tiempo del mito, en palabras del autor: «donde fluye otra luz / que explica de otra forma nuestro estar en el mundo»⁴. La escritura es, por tanto, preciso es insistir en ello, comunión con lo creado. Por eso el poeta invita a un tú que puede ser cualquier lector: «Entrégate, pronuncia / las palabras dichas que nos hacen arder»⁵.

Hasta aquí lo dicho entonces, y sirva como antesala a lo que ahora se expone acerca del libro que hoy nos concita, y cuya lectura hará revivir algo en el lector si conoce previamente la obra de José Luis Puerto. Aunque tal vez la sorpresa sea más grata si la lectura de los poemas se lleva a cabo antes de leer el prólogo, en el que el autor indica en qué lugar de la cadena de su obra ha de engarzarse *Topografía de la herida*. Y es que el hecho de que estos poemas se ubiquen en el centro de la meseta en la que se halla el escritor, tras haber recorrido ya importantes kilómetros de su obra, y en el momento en que se prepara para la subida a las cumbres de

su creación, hace que los poemas de esta *Topografía* sean como faros que iluminan la calidad de los poemarios que les anteceden, les siguen y los que imaginamos que seguirán viniendo.

En primer lugar, conviene recordar que no suele ser frecuente que los poetas, los artistas en el más amplio sentido, se sientan contentos con obras realizadas tiempo atrás. Como si de una necesidad de apostar permanentemente por lo nuevo se tratara, a medida que se crea, de algún modo se destruye, para centrarse en aquello que pugna por salir. Por eso es más importante aún que José Luis Puerto inicie *Topografía de la herida* señalándonos el momento exacto de su andar poético, tras *Señales* (1997), período –como ya ha sido indicado– especialmente significativo de su vida poética, al tiempo que manifiesta con toda claridad que se hace cargo de la herencia recibida: «hasta hoy mismo». Y ese hoy es, sobre todo, el tiempo de la herida, cuando más se rebela el herido contra todo y contra todos. Y, sin embargo, no hay rebeldía en estos versos, sino todo lo contrario. Aceptación y disfrute de «Estos pequeños dones, su presencia / Cómo cierra la herida / Del estar en el mundo sin saber / Qué hay después de la vida».

Es, por tanto, en el intervalo entre dos de los mejores libros de José Luis Puerto, cruzado el umbral del milenio y con el medio siglo a cuestas, el espacio en el que el poeta sitúa estos versos. En ellos se muestra cuánto supura de felicidad agridulce esa situación dichosa, ya mencionada, en la que se encuentra: «Porque todo es un don / y nada merecemos», escribe. Numerosas son, en este sentido, en *Topografía de la herida* las alusiones a ese

2 PUERTO, J. L., *Las sílabas del mundo*, Zaragoza: Prames Las tres hermanas, 1999.

3 *Las sílabas del mundo*, op. cit., p. 18.

4 *Ibid.*, p. 24.

5 *Ibid.*, p. 49.

contexto, a esa causa primera anterior que genera el presente y su sentir, pero que también rige el pasado. Así, a modo de ejemplo, leemos en el poema «Lejos»: «Y hay una voz allí / Que cree oírla todas las auroras / Cuando respira con su corazón / Por un júbilo antiguo que en él vive / Desde lejos, / Mucho antes de la herida». El sujeto lírico no deja de recordarlo a cada paso, quizás porque se haya acostumbrado a convivir con la magulladura y, también, con su recuerdo impreso en la piel cicatrizada. Sólo la memoria le ayuda a cargar por el tiempo y el espacio con esa remembranza del daño. Hasta Córdoba llevará el poeta, en una de las múltiples formas de ese desamparo (o su sutura), «Un desamparo antiguo, [...] El desamparo que llevamos siempre», leemos en «Castrillo de Madroñiz».

Por otra parte, aludir, como hace el autor en el prólogo, al libro de poemas como un diario supone, siempre, la idea de que la poesía le acompaña cada día. Y no es mala cosa hoy, en tiempos de tomar y dejar, de falta de compromiso con las personas, pero más aún con las cosas en su más amplio sentido, que alguien no sólo diga que la poesía es como un diario para él, con lo que este tipo de escritura implica de compañía, terapia y compromiso, sino que, además, habiendo transcurrido dos décadas desde su escritura, el autor se encuentre orgulloso, por así decirlo, de lo escrito hasta el punto de darlo a la imprenta para que vea la luz, a pesar del tiempo, como una deuda por él contraída con los textos por él y de él nacidos.

Todo eso se resume, en parte, en la poética que representa el poema «Tú qué sabes», donde, de principio a fin, desgranado verso a verso su ideal lírico, se

enarbolan las velas que han hecho surcar la poesía de José Luis Puerto desde hace décadas ya. Sin duda alguna muchos de los poemas de esta *Topografía de la herida* se hallan en ese «Tú qué sabes». Aunque también se remansa la poética de este libro en sus dos últimos versos; en esa evocación paulina de la *primera Carta a los Corintios* donde se nombra lo principal: el amor, «[...] el más hermoso don / De existir con los otros», fuente donde mana, paradójicamente, lo que hiere y sana la topografía del autor.

Planteado con una estructura dual, el libro se abre con el poema titulado «Recorrer mis lugares», un poema en el que se rescata el viaje simbólico por los espacios del pasado para percibir en ellos la carencia. La infancia y su paraíso asociado son territorios que nombran la herida: «Recorrer los lugares / En los que fui dichoso con el mundo». En esta ocasión, una simple preposición sirve para destacar la unidad de todo. Ser dichoso no en un lugar, parece decir el poeta, sino con él, puesto que la pertenencia de ambos espacios, el de la identidad y el de la infancia asociado al lugar en el que se vivió son lo mismo. Por ello, ni los sentidos ni las palabras alcanzan a decir, puesto que a ellos también parece haber alcanzado ese abandono que ahora lo cubre todo.

Pero hay algo aprendido que continúa y sigue sosteniendo: «Adentrarse de nuevo / En el bosque de alisos junto al río», señala el poeta, y continúa más adelante: «Sentirse allí en el centro / Junto a las aguas vivas». Es la lección que se adquiere en la naturaleza, que el transitar del tiempo que todo lo muda, no toca, sin embargo, el corazón del hombre que ha crecido haciendo del co-

nocimiento de la permanencia verdadera, gracia propia. Son las «estancias del corazón», los lugares donde sigue sosteniéndose la vida, a pesar de todo lo que ha quitado el viaje por la vida. Son los «lugares que salvan», cuando ya no se encuentra el lugar que fue.

Sí deja entrever el libro, a medida que se avanza en su lectura, que la unidad temática de la primera mitad se diluye, en cierto modo, en la segunda parte, donde los textos son más de circunstancias, aunque, por supuesto, se mantiene siempre la calidad de los poemas. Como es habitual en este escritor, a lo largo de todo el poemario, su voz susurra con la delicadeza más lírica, dejando en el aire el suave murmullo de quien se sabe agraciado por vivir la vida que le ha tocado en suerte. No en vano, algunos poemas pueden ser leídos como si de oraciones de alabanza se tratase («Y qué sería esta mañana», por ejemplo). Con frecuencia, apunta el escritor en los poemas el sentido de la vida se encuentra en aquellos elementos cotidianos que nos pasan desapercibidos. «¿Y que sería esta mañana / Sin el trino del pájaro? [...]» se pregunta José Luis Puerto. Y sigue añadiendo acumuladamente evidencias: «¿Y qué sería, dime, / Esta mañana sin la luz?...» El aire fresco, el canto, la mirada, la quietud. Y termina: «Y el más hermoso don / De existir con los otros?»

Formalmente, el lector puede sentirse seguro, en manos de una poesía medida, con el encabalgamiento por bandera y con gran variedad de elementos retóricos, todos ellos puestos al servicio de la belleza, de la autenticidad, del ritmo y música del poema. El autor nos guía de la mano de la anáfora, espléndidamente uti-

lizada en ocasiones en versos alternos, para expresar la intensidad de lo sentido, para guiar acertadamente la emoción propia y la del lector. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en el final del poema «Resurrección» donde, tras manifestar el rostro más luminoso de la noche («En la noche la luz / Emanada de tu rostro / Y crea un territorio al que se nos invita»), se incluye la duda, honda, penetrante, lúcida: «¿Por qué aquí nos quedamos / En la tierra y su noche?» [...] «¿Por qué aquí nos quedamos / En el índigo negro de la noche?»

O también, en «Llévame, Candelina», donde la anáfora va y viene cual columpio que se balancea del pasado hacia el presente, cargada de recuerdos: «Cuenta mis dedos, llévame en tus alas / A ser aire en el aire, / A ser luz en la luz, / A habitar el jardín / Que tejí cuando niño con las sílabas / De una pobreza que era dignidad, / Que tejí con las ramas del ceceo / Que en mí siguen brotando y floreciendo, / Con la viñeta de la enciclopedia / En la que Cristo multiplica/ los panes y los peces, / Con la alcoba y la cal / De mis noches pobladas / Por el miedo y el sueño / Por el rumor continuo de la fuente cercana./ [...]».

Igualmente se acude a la enumeración, empleada de manera grandiosa para acrecentar la conmoción, por ejemplo, en el poema «Pero queda la piedra»: «Pero queda la piedra / Y el óxido y el sol y el líquen que la abraza, / Las formas, la erosión, los cuarteados. / Quedan los pedregales, / Sus grises y amarillos, / Su extensión en montañas que se ofrecen. / Pero queda un lugar/ Al que hoy puedo hacer mío, / A pesar de las pistas, de las talas, / De los fuegos, de las intervenciones / Del hombre y su rapiña. / Queda el

aire que brama, / Que susurra al oído, / Que transmite el mensaje de misterio, / [...] Pero queda la piedra, / Pero queda el lugar / Y queda ese silencio más allá del tumulto, / [...]». Como si el universo fuera una alfombra que el poeta va desplegando ante nuestros ojos...

Con un experto manejo del endecasílabo auxiliado por el heptasílabo y el alejandrino, el poemario conduce a los lectores por la geografía espiritual de Puerto y les ayuda a sentir lo que el poeta ha convertido en su bandera, en su hogar, en su fortaleza. Como las vigas maestras de la casa en que se habita...

También, puesto que al poemario lo cruza la alegoría de la topografía físico-emocional, podríamos hablar, coherentemente con esta metáfora, de ríos que dividen el territorio lírico, al tiempo que lo vertebran. De esta manera, podría decirse que en el libro confluyen distintos brazos de un mismo río, como las venas que se ramifican y subdividen en otras más pequeñas. El río es, precisamente, uno de esos elementos a través de los que el poeta canaliza su sentir. Ríos como el Néckar; el Tormes; el Sumida bajo la lluvia de «hilos verticales» y el puente Ōhashi que pintara Hiroshigue («no es el puente de Munch», dice el poeta); el río Zújar, cuyas aguas reflejan el Castillo de Madroñiz. También hay otros... Mas si los ríos son las arterias por las que transcurre la memoria herida del poeta, también protagonizan estos poemas otros lugares de esta tierra castellanoleonesa nuestra (Ávila, Salamanca) o más lejanos en el espacio, que no en la afectividad (Córdoba, etc.); evocaciones familiares (el abuelo, la madre...); personajes singulares protagonistas de los textos (Penélope, trasunto de

la madre del poeta; Fray Luis, ¿trasunto del poeta?; Corot) o apareciendo entre bambalinas (Telemann, Miró, Chillida, Tapies...).

Hay en el libro, también, un franciscanismo vegetal que alaba los detalles del paisaje, del bosque, que escucha a los alisos, las acacias, los nogales..., que se deja susurrar por las ramas más pequeñas, y a través del que el poeta se dirige a los caminos, los árboles y las piedras en su búsqueda de la serenidad que le permita convivir con la herida de lo que nunca volverá a ser igual que al principio. «Llega hasta mí, camino» o «Ven, rama quebradiza» son capaces no sólo de expresar unos sentimientos especiales en el poeta sino también, y sobre todo, de dirigirle hacia la propia naturaleza en cuyo seno se generaron las emociones primeras, evocadas ahora también en ella y por ella, nuevamente. Así, la perfecta y espiritual casi transparencia luminosa del sujeto lírico, reflejada, bellamente, como deseo en estos versos: «Ay, si pudiera yo estar en el aire / Como tú te mantienes, tan ingravida, / Que vienes de la tierra pero ya no eres tierra, / Que surges del rizoma / Que nunca ha sido luz pero que a la luz aspira. [...] Enséñame el secreto / De ser vuelo de luz, cuando en la sombra / Se tiene la raíz».

Esa convivencia serena con la cicatriz que ha dejado la herida, y a la que ya se ha aludido anteriormente, es otra de las vigas maestras de la morada poética de este autor. De este modo, nos dice en el primer poema: «La gracia de aquel tiempo / Se ha convertido en pérdida», y hay que ser muy coherente para continuar manteniendo esta bandera en alto cuando vienen mal dadas, cuando se abre la herida, que siempre estuvo ahí esperando su

día. Un *decíamos ayer...*, por similitud con el primer poema de la segunda parte que, no por casualidad, evoca a un fray Luis de León que también suelta amarras con las deudas del pasado. Fidelidad a la escritura, fidelidad a la memoria. En el fondo hablamos de una misma desgarradura producida por la sinceridad frente a lo que uno es, por esa unamuniana coherencia con lo pensado y sentido que no siempre resulta fácil de llevar.

En este sentido, cobra mayor importancia el hecho de que el poemario constituye no sólo la búsqueda sino la constatación de que «[...] queda un lugar / Al que hoy puedo hacer mío». Al tiempo que la primera parte pasa revista a los nombres y lugares de la herida, la segunda, recorrido ya el terreno, se adentra en luchar con lo escarpado del tiempo. Quizás esto sea más importante si se tiene en cuenta que esta segunda parte presenta a la muerte, diseminada entre los versos y las páginas, como elemento omnipresencial. Una muerte derrotada en todo momento: «Entonces ya no hay muerte que proclame / Sobre nosotros su victoria siempre». Desde esta perspectiva habrán de leerse esperanzadamente el conjunto de poemas entre cuyos versos se anuncian las distintas expresiones de la resurrección: «Resurrección», «El ángel de los muertos», «Ven, rama quebradiza», «Acacias»..., tras los cuales queda claro que *herida* y *resurrección* ya son lo mismo: «Y ahí está el destino, / En la humilde labor de entregarse a la vida», versos que proclaman que sólo el pasado y el presente, de la mano, abren las puertas a la posibilidad de futuro.

Es, en cierto modo, *Topografía de la herida* un poemario épico, con numerosas

evocaciones polifónicas muy simbólicas, de resonancias culturales bíblicas muchas de ellas («Queda el aire que brama, / Que susurra al oído, / Que transmite el mensaje de misterio» –el profeta Elías–; «Termina siempre el día, / Parece plenitud su final luminoso, / Pero todo es deriva / hacia la nada» –*Eclesiastés*–), místicas otras («Celebras en tu estancia desposorios / De la tierra y el cielo» –*Cantar de los Cantares*, Juan de la Cruz–).

Especial mención ha de concederse a la evocación del jardín del Edén, pues sin duda alguna nos hallamos ante otro de esos espacios vertebradores del territorio poético de José Luis Puerto. Así, se pregunta el poeta: «Qué queda del jardín / Cultivado en el tiempo por el júbilo / Que nos fue concedido / Al contemplar tocadas por la luz / Todas las criaturas y las cosas / En el espacio de la creación / Que se nos dio para vivir». Pero no sólo aparece el lugar, sino que se dan en el libro toda una serie de variaciones sobre el tema, como, por ejemplo, nuestra salida de él («Las flores de un edén del que hace tiempo / Hemos sido expulsados»); su añoranza («He sentido el rumor del paraíso / Y sé que hay un lugar donde se halla, / Fuera de esta tiniebla en que yacemos, / Lejos de este destierro, / Ay, de crucifixión»); la manzana del Paraíso («Y encendía en nosotros / Anhelos de una vida más dichosa, / De una vida más alta, / [...] La manzana más alta / El fruto inalcanzable»); o, incluso, su identificación con la niñez y el origen de su vocación («[...] región de mi niñez, perdida: Territorio que alberga / Aquel jardín que entonces / Me fue dado tejer / Con las más altas sílabas / Que han brotado de mí»).

Precisamente la expulsión del Paraíso constituye, en mi opinión, la médula espinal de esta *Topografía de la herida*, y así se puede entender leyendo los últimos versos del poema «Llega hasta mí, camino»: «Y al recorrer te hoy, camino amigo, / Otra cosa no busco / Que aquella plenitud que tuve un día, / Aquella gracia de existir con lo amado, / Antes de la escisión y de la herida / Que hoy me hablan de un tiempo paraíso, / De un jardín que perdí, / Del que me da señales / Esta naturaleza aún en gracia / Que tú atraviesas y por la que voy / Desde aquella escisión / Como un extraño».

«Hay lugares que salvan, / Ahora que, en este tiempo, estamos sin lugar.» Este verso resume una de las ideas clave del pensamiento de José Luis Puerto, y que en este poemario cobra forma en esa «topografía de la herida» que da título a la obra. En él se anuda ese saber hallar el mapa de los recónditos hogares de la vida y del silencio, esas *moradas que han de protegerse para siempre*, en las que ya se busca *trazar la salvaguarda, proteger lo invisible*, vivir, en definitiva, a *la intemperie*

incluso, mas sabiendo que hay algo que nos salva mientras sepamos nosotros protegerlo a él. *Topografía de la herida* es, en definitiva, un libro, de los que surgen *nel mezzo del camino della vita*, por evocar al ilustre florentino. En ese momento en que la persona se tutea ya con los que le precedieron, sabedores ellos, pero ya también el vástago, de que volverán a encontrarse más tarde o más temprano. Por eso la evocación del abuelo no es triste añoranza aquí, sino delicado recuerdo, «como llave de luz». Estos poemas son hermosos, como todo lo que ha escrito José Luis Puerto. Son cuentas engarzadas de un collar que uno palpa con la ansiedad de las épocas pasadas («las acacias de hoy te traen otras acacias»), cuando ya no estamos todos, no al menos de la misma manera, y el peso de esas ausencias se nota en el alma que pugna por elevarse. Escrito en un momento en el que todo empieza a estar muy claro y uno tiene ya la moneda echada al aire. Traslada, en definitiva, la conciencia –heideggeriana advertencia a la vez– de que «El tiempo nos convierte en escisión / De todo lo que amamos».